

Índice

| | |
|---|----|
| 53.- POR LO QUE MÁS QUIERAS, NO TE VAYAS DE AQUÍ – Álex Vacar Vacar (Relato ganador)..... | 5 |
| 08.- EL FUTURO ERA AYER – Ernesto Tubía Landeras (Accésit)..... | 13 |
| 31.- EL CASTILLO EN LA COLINA – Felipe Tenenbaum (Accésit)..... | 21 |

El jurado del **V Premio literario “Berceo lee a Gonzalo”**, reunido el 31 de marzo de 2023 y formado por Marina Hidalgo, Almudena Martínez, Jesús Martínez, Emiliano Navas y Roberto Rodríguez ha decidido otorgar el premio al relato titulado

Por lo que más quieras, no te vayas de aquí,

de Álex Vacar Vacar,

porque es un relato bien construido, con un lenguaje asequible pero académico, donde se cuenta la importancia de las raíces y cómo vamos adquiriendo consciencia de ellas a lo largo de los años. Así, la oración que le da título, aparentemente descontextualizada, cierra la historia con pleno sentido.

Berceo, 23 de abril de 2023

La Presidenta de la Asociación Cultural Gonzalo de Berceo

El Alcalde de Berceo

Jurado del Premio:

Marina Hidalgo, Almudena Martínez, Jesús Martínez, Emiliano Navas y Roberto Rodríguez

53.- POR LO QUE MÁS QUIERAS, NO TE VAYAS DE AQUÍ – Álex Vacar Vacar (Relato ganador)

Cuando empezó a construirse la línea del AVE, yo tenía ocho años. Las máquinas aparecieron al otro lado del barranco que se abre a los pies del pueblo, cuyo caserío desciende por una de sus cuestas. Primero abrieron un camino desde la carretera y después aplanaron la superficie a una cota cercana a la cima. Así, en la otra ladera, a la altura de las casas más altas del pueblo, se extendió una pista que cortaba en dos la pendiente hasta detenerse frente a una enorme peña: la ruta parecía no llevar a ninguna parte. Algunos abuelos bromeaban con que los ingenieros se habían equivocado de lugar, pero un día la peña fue perforada por una gran máquina que venía abriendo un túnel desde el otro lado. Supimos que pasaría cuando vimos a los trabajadores congregados ante la roca, contemplándola en silencio como si la estuvieran adorando. Al asomar la punta de ese taladro que rotaba formando una espiral hipnótica, estallaron en un aplauso extático mientras el pueblo callaba como si fuera el público de una tragedia.

Hasta entonces, las obras no habían despertado especial interés entre unas gentes que habían decidido no verlas, pero la apertura del túnel lo cambió todo. De pronto, las calles que bajaban por la ladera se convirtieron en la platea de un teatro griego, dando forma a una suerte de Epidaurio ibérico. Acto tras acto, escena a escena, los espectadores presenciábamos cómo en el escenario se iban instalando las traviesas de una vía, y de otra, y los carriles de una vía, y de otra, y los postes de una vía, y de otra, hasta llegar a la catenaria, cuyos cables fueron extendidos con diligencia por unos operarios a quienes jamás pudimos escrutar de cerca. La cuarta pared no llegó a romperse porque nuestro pueblo no tenía tienda, ni restaurante, ni bar, ni nada que pudiera despertar el interés de los obreros, quienes dormían en la capital de la comarca, llegaban por la mañana y volvían cada día al terminar su trabajo, sin casi percatarse de que nosotros también estábamos allí.

Aquella distancia solo incrementaba mi arrobamiento infantil. Yo era uno de los dos niños del pueblo, y el único que no miraba las obras con pavor. Mi juventud no era tanta como para impedirme reconocer la consternación de los adultos, pero si gravitaba alguna vez hacia ella, lo hacía solo por deferencia y no por obra de un sentimiento auténtico. La tecnología me fascinaba y ver con mis propios ojos esas proezas de la ingeniería civil era para mí un absoluto privilegio. Así, con la escritura propia de quien aún está aprendiendo a dominarla, llevaba un pequeño diario en el que documentaba el avance de las obras. Mi curiosidad no contaba con la aprobación de mis padres, por lo que, cuando me faltaban los conceptos para describir lo que contemplaba, preguntarles a ellos no era una opción, y debía embarcarme en unos ingenuos intentos de dibujo.

Los primeros trenes en recorrer la vía fueron las bateadoras, dedicadas a comprimir las piedras de balasto para asentar el firme de la vía. Por supuesto, entonces no sabía nada de aquello, y me veía obligado a trazar unas formas que luego enseñaba a Juanito, el otro niño del pueblo, buscando cotejar mi esbozo con él. Sin embargo, su ayuda era poca, pues las más de las veces me señalaba con el dedo diciendo «¡Tonto! ¡Tonto!» y después repetía esas palabras mientras corría en dirección contraria a mí, que le veía huir con una mezcla de condescendencia y confusión. A Juanito no le suscitaban interés los operarios, ni las grúas, ni la promesa de ver volar flamantes trenes de la última, ultimísima generación. En cambio, le gustaba pasar el tiempo libre en el tractor de sus padres, arando la tierra y aprendiendo técnicas agrícolas, cosas que apenas me llamaban la atención, salvo para considerarlas anticuadas, intrascendentes y superfluas. Hasta las vetustas locomotoras que empezaron a transitar las vías tras el paso de las bateadoras, remolcando trenes de obra hacia tramos de la línea que aún carecían de vías, me atraían más que los programas y las pantallas del tractor nuevo de los padres de Juan.

Para mí, el pueblo era el pasado y aquella vía, el futuro. Una tarde de octubre, cuando la quietud había vuelto al pueblo tras la marcha de los veraneantes y se oía solo el silencio, una racha de viento que soplaba desde el otro lado del barranco trajo las palabras de unos obreros que, al acabar su jornada de trabajo, discutían dónde tomar unas cervezas y refiriéndose a nosotros decían «¡Ahí no hay nada! ¡No hay nada!». Eso solo reforzó mis convicciones de que allí no había nada, no había nada.

El día en que cumplí los doce años, el primer tren pasó como una bala. Ocurrió una mañana de invierno, mientras esperaba el autobús escolar en el banco de la plazuela. La densa niebla me impidió verlo, pero cuando salió del túnel oí un estampido y atisé las chispas blancas y naranjas que producía la fricción del pantógrafo y la catenaria. Fue un episodio maravilloso. En el camino a clase, y en clase, y en el recreo, y de nuevo en clase y en el camino a casa, pensé solo en la belleza de aquel golpe seco cuyo solo recuerdo erizaba los vellos de mi piel. Cuando acabó el periodo de pruebas, y la línea entró en servicio comercial, los trenes empezaron a circular con horarios regulares. Su puntualidad era tal que podía predecir con exactitud el instante en el que pasarían: aquello me permitió consagrar mi rutina a ellos. En mi habitación, siempre que sonaba una alarma de las que con cuidado preparaba, me asomaba por la ventana para disfrutar los tres segundos que el tren tardaba en cruzar el segmento de vía que podía verse desde el pueblo. Para los vecinos, su paso era una incursión molesta, pero yo me deleitaba en la fugacidad de su presencia.

Mi sueño era ponerme a los mandos de esos trenes. No me interesaba el ferrocarril en general, ni quería ser maquinista, ni circular por cualquier vía, sino llevar esos convoyes y no otros,

dejar atrás el pueblo con ellos a la máxima velocidad posible. Nunca llegué a dudar de mi empeño hasta una tarde de nochebuena, días después de haber cumplido los quince años. Entonces, todo el mundo estaba reunido en la plaza del pueblo, alrededor de una hoguera, como mandaba la tradición, y yo, más atento a la vía que a la fiesta, veía que el tren de las cuatro y media no terminaba de pasar. Al rato, vi cómo llegaba lento, lento y cada vez más lento hasta detenerse ante nosotros, al otro lado del barranco. Al principio, casi nadie le hizo caso, pero la gente se vio obligada a reconocer su presencia cuando empezó a echar humo y los viajeros bajaron a la vía. Como la avería no se transformaba en incendio y la temperatura era inusualmente buena para esa época del año, algunos se sentaron en la ladera del barranco, contemplando el pueblo y la hoguera como si fueran parte de una postal viviente.

Pese a la distancia, en sus ademanes pude discernir, con ayuda de la luz del ocaso proyectada directamente hacia ellos, cómo algunos nos miraban con nostalgia, mientras otros dudaban confundidos de que aquella imagen existiera de verdad. Nosotros también los mirábamos: los más, con inquina; yo, con envidia. Los unos escrutaron a los otros y los otros escrutaron a los unos sin que nada pasara hasta que, cuando la luz del día casi se había agotado, un individuo comenzó a caminar hacia nosotros. Desde atrás, le interpelaban voces que yo no oía bien y que debían de decir cosas como «¡Oiga! ¿Pero dónde va usted? ¿Acaso está loco?» El hombre caminaba con una maleta en cada mano y la oscuridad solo nos permitía vislumbrar su silueta haciendo malabares por aquel laberinto de pedruscos y matorrales. Cuando llegó a nosotros, como una presencia fantasmal, besó la tierra y lloró desconsolado. Al comprobar que su reacción era sincera, el pueblo aceptó su presencia como la de un hermano que, tras años de ausencia, había decidido volver a casa. Esa noche, frente a la hoguera, nos contó que se había criado en un pueblo parecido al nuestro y que, al cumplir la mayoría de edad, lo había abandonado para estudiar y trabajar en la capital. Los surcos de su rostro, iluminados por las bailarinas llamas de la hoguera, revelaban el alivio de quien había encontrado algo que llevaba buscando su vida entera. Tras contarnos la historia de su vida, habló de uno en uno con diversas gentes del pueblo. Cuando vio a Juanito, cuya inocencia infantil aún habitaba en su cuerpo adolescente, lo miró maravillado y después corrió a abrazarlo con locura. Después, al encontrarme, se acercó a mí con una mirada atormentada y me dijo: «Por lo que más quieras, no te vayas de aquí». La mañana siguiente, se fue con sus maletas por la carretera y nadie volvió a saber de él.

Pasé días preguntándome qué podía significar aquello. Acabé por concluir que el hombre estaba loco y, durante el resto de mi adolescencia, no volví a pensar en él. A los dieciocho, cogí mis maletas, las subí al viejo coche de mis padres y me fui. Durante mis años universitarios, volví al

pueblo en contadas ocasiones, aprovechando cualquier posibilidad de pasar las vacaciones en el extranjero o quedarme viviendo en la capital. Cuando retornaba, caminaba por las calles de manera apresurada, mis ademanes causaban en los otros un obvio recelo y algunos de ellos reaccionaban a mis gestos como lo harían ante los de un extranjero. Por aquel entonces, yo había cambiado mucho; Juanito, en cambio, no. Él seguía en el pueblo, se ocupaba con creciente destreza de las labores del campo y, salvo para irse de vacaciones, rara vez salía de allí. Mi fascinación por su capacidad de adaptarse a esa vida había comenzado mucho antes de que pudiera articularla, y cada vez que volvía a verlo, esta no hacía más que aumentar. Juanito se había convertido en un misterio arcano.

Al terminar mis estudios, ya tenía la edad necesaria para convertirme en maquinista. Durante un viaje en prácticas, pasé por primera vez en tren por el pueblo. Sucedió tan rápido que apenas pude verlo, pero disfruté cada milisegundo de aquella impresión fugaz. «¡A pringar, Juanito!», pensaba siempre que recorría el barranco, y a veces hasta me preparaba para ver si atisbaba su tractor allí donde solía aparcarlo, para así hacerle la peineta. Me deleitaba la imagen de un pasado al que había dejado de pertenecer, que estaba tan separado de mi yo presente como lo habían estado los trenes del futuro que veía desde las viejas calles de mi infancia. Sin embargo, con el tiempo, cada vez que pasaba por aquel lugar por donde en verdad no pasaba, empecé a sentir algo en el pecho, una emoción extraña que me impedía contemplar sus calles con la condescendencia de siempre. Viaje tras viaje, mi reacción a la efímera imagen del pueblo adquiría tintes nuevos que no lograba describir, o que quizás me negaba a poner en unas palabras que cada vez se acercaban más a la punta de mi lengua.

Empecé a entender lo que pasaba en uno de mis escasos viajes al pueblo. Tenía veinticinco años y me encontré con un Juanito nuevo, convertido ya en Juan no porque su esencia hubiera cambiado, sino porque cambió mi forma de verlo a él. En nuestra conversación tan breve, nos quejamos de lo de siempre. «Sí, sí, los alquileres, la contaminación, los atascos» decía y repetía yo, a lo que él respondía y repetía «Sí, sí, los precios que nos pagan, el coste de las materias primas, el cierre del bar en el pueblo de al lado». Nuestras quejas eran tan parecidas que parecían compartir la misma esencia, y sin embargo yo intuía que había entre ellas una diferencia esencial, aunque entonces no la pudiera discernir. Tras ese intercambio, cada vez que pasaba por el pueblo pensaba solo en Juan y, cuando me lo encontraba en persona, lo escrutaba todo en él buscando averiguar en qué consistía esa diferencia cada vez más perspicua y difícil de ignorar.

Una tarde, desde la cabina del tren, creí ver en esas calles la silueta de Juan, y la siguiente vez que lo tuve cerca, comprobé cómo se dibujaban en su rostro los riscos del relieve que dominaba la zona. Su cuerpo se había fundido con el paisaje, deviniendo los dos uno. Entendí pronto que sus

quejas emanaban del miedo a perder lo amado y a que su forma de vida se volviera insostenible y le obligaran a adoptar otra en la que no se quería hundir. Mis quejas, en cambio, eran el grito de quien, en medio del desorden, no amaba porque no había encontrado algo que amar. Tras una década fuera del pueblo, me había mimetizado con las prisas y el caos, con el precio de los alquileres, la contaminación y los atascos, con el no saber uno lo que es ni a dónde va ni a qué pertenece ni por qué hace lo que hace: me había convertido en la encarnación de esa carrera a ningún lado que había emprendido a tenor de una promesa de sirena que me habían hecho, o creía que me habían hecho, aquellos trenes que pasaban por el pueblo como si sus calles nunca hubiesen llegado a existir. Con mi descubrimiento, recordé también las palabras que me había dicho a los quince años aquel viajero fantasmal. Desde entonces, cada vez estoy más convencido de que voy a volver al pueblo para buscar lo que Juan encontró hace años, y cada vez que paso de largo, al frente de un convoy de última, ultimísima generación, sueño con que una avería lo hace detenerse en el barranco y descendiendo su ladera mientras desde atrás me gritan «¡Oiga! ¿Pero dónde va usted? ¿Acaso está loco?», peligrosos cantos de sirena que ignoro hasta dejar de oírlos. Cuando llego a la plaza, me acerco a un niño de rostro iluminado por las llamas bailarinas de la hoguera y le digo, aunque tema que no me va a hacer el menor caso: «Por lo que más quieras, no te vayas de aquí».

El jurado del **V Premio literario “Berceo lee a Gonzalo”**, reunido el 31 de marzo de 2023 y formado por Marina Hidalgo, Almudena Martínez, Jesús Martínez, Emiliano Navas y Roberto Rodríguez ha decidido otorgar un accésit al relato titulado

El futuro era ayer,

de Ernesto Tubía Landeras,

Berceo, 23 de abril de 2023

La Presidenta de la Asociación Cultural Gonzalo de Berceo

El Alcalde de Berceo

Jurado del Premio:

Marina Hidalgo, Almudena Martínez, Jesús Martínez, Emiliano Navas y Roberto Rodríguez

08.- EL FUTURO ERA AYER – Ernesto Tubía Landeras (Accésit)

Ahora que la melancolía es un azote de viento frío e inhóspito, que oxigena los recuerdos en un barrido nostálgico, soy consciente de aquello que me decía mi abuelo cuando, sentados en la trasera de su casona del pueblo, mientras esperábamos la llegada de aquel raposo de mirada vivaz, me decía que el futuro era ayer.

La casa del pueblo era una edificación como tantas, con sus dos plantas elevadas sobre una chochera en la que otrora dormía el tractor y, unas décadas antes que él, lo hacía una piara de cochinos y varias bestias de tiro, con los que la familia se ganaba el sustento en los meses fríos y el arado de las tierras durante todo el año. Ya retirado de esas labores, que limitaba al cuidado de una huerta en la carretera de Badarán, el mayor entretenimiento del abuelo, además de sus ya livianas labores agrarias y las puntuales conservas de tomate frito y pimientos asados, era ver crecer a su nieto y que yo, ya que no lo había hecho mi padre, heredara el cariño por el pueblo que había hecho que incluso después de que falleciese mi abuela, no quisiera establecerse con nosotros en Logroño, siempre con la excusa que mis padres consideraban vacía y que yo creía sin ambages, de que dejar el pueblo sería como admitir que poco le quedaba ya, salvo esperar el definitivo y gélido beso de la parca, en la que la dama blanca reclamase su aliento.

Por aquellos años, cuando yo era un chiquillo, pasaba todos los puentes, muchos de los fines de semana y la mayor parte del verano con él. Mis padres, demasiado preocupados en la vida de urbanitas que ellos mismos habían escogido, veían como un alivio que yo quisiera pasar los fines de semana en el pueblo. Desde la muerte de mi abuela, cuando yo apenas tenía un año, parecía que mi abuelo tan solo sonriera cuando yo estaba a su lado. Por lo que llevarme al pueblo suponía dos alivios en lugar de solo uno; por una parte se libraban de mí y podían emplearse en poner lavadoras, la limpieza de los baños, cocina de batalla y todo el sinnúmero de labores que deben afrontarse los fines de semana, cuando de lunes a viernes has tenido que procrastinar todas tus obligaciones domésticas; y por otra parte, y para mí la más importante, así el abuelo era feliz.

Para los mayores del pueblo, la llegada de los nietos los fines de semana suponía una dosis de alegría que durante el resto del tiempo empañaban con nostalgia y soledad. El pueblo envejecía y la siguiente generación huía de las tierras en las que había crecido en favor de ciudades cercanas como Nájera, Santo Domingo o directamente buscaban trabajo en alguna de las factorías de Logroño, encomendándose a una vida que consideraban más sencilla, pero que no poseía, ni de lejos, el carácter sosegado, humano y preñado de historia, de los pueblos más humildes de la hermosa orografía riojana. Cuando llegábamos al pueblo, todos, poco importaba si fuéramos nietos

suyos o no, los mayores se esforzaban en que en nuestro interior arraigase el cariño por el pueblo y nuestras raíces, que en nuestros padres parecía no haber fraguado.

Recuerdo esos deliciosos días de mi niñez, paseando por el pueblo, mientras mi abuelo o sus amigos me contaban historias añejas sobre bailes en la plaza, juegos de cucaña y sogatira contra el pueblo vecino, baños en el Najerilla y partidos escuchados en la radio del bar, mientras los padres tachaban resultados de la quiniela, cuyo escrutinio, en el dudoso caso de alcanzar una cifra premiada, no se sabía hasta bien mediada la semana. Años lejanos en los que no existía Internet, Netflix, Smartphones, NBA+, Blu-ray ni apuestas online, y en los que, paradójicamente, eran más felices de lo que logramos serlo con todas esas dudosas «comodidades».

También paseábamos por las eras que rodeaban al pueblo, aprendiendo a diferenciar las huellas de un perro de las de un lobo, los rastros que dejaban los ciervos y los corzos en las cortezas de los árboles, dónde formaban las camas los conejos a los pies de las cepas o el daño que hacían los jabalíes en sus pasos por las viñas, donde llegaban a tumbar los emparrados.

Sin embargo, si había un momento que me enamoraba de todos cuantos pasaba en el pueblo, más aún que los partidos de pelota del frontón municipal o las pachangas al fútbol que jugaba con mis amigos en la fachada trasera de la iglesia, eran los ratos en los que podía ver a Pedrín emergiendo entre los arbustos y comiendo de la mano de mi abuelo. Incluso ahora que soy un adulto y he pasado años sumando instantes en la memoria, con los que voy completando ese álbum de recuerdos que es la vida, no hallo postal más bella entre mis recuerdos que aquellos sorprendentes encuentros.

Pedrín era un zorro de un par de años. Su pelaje era de un rojizo eléctrico con mechones albos y caminaba encorvado en el mismo instante en que abandonaba la seguridad de la maleza, mirando en derredor con esos ojos astutos, de quien sabe que su longevidad depende de su desconfianza en el entorno. Sin embargo, ese carácter esquivo y desconfiado, metamorfoseaba completamente cuando, cada dos o tres días, sabiendo que mi abuelo era un hombre de costumbres, que salía todos los atardeceres al porche trasero con un almuerzo a base de chorizo, panceta o salchichón, además de su sempiterno vaso de vino, se llegaba al porche con la docilidad de un perro doméstico.

Yo, sentado junto a la ventana, con los brazos cruzados sobre el marco, observaba la escena en la que lo salvaje y lo rural se daban la mano en una comunión perfecta, en una simbiosis entre naturaleza y ser humano, que solo es posible en el medio rural. Pedrín — al que mi abuelo había bautizado así por unos tebeos de su mocedad— se acercaba hasta el porche, ascendía los tres

peldaños que separaban el suelo llano de la tarima superior, comía de la mano de mi abuelo unos trozos de panceta o chorizo, y después de dejarse acariciar detrás de las orejas durante un rato, regresaba a su entorno natural, no sin antes dedicar una última mirada a mi abuelo.

En alguna ocasión, antes de comprender que era imposible, intenté salir al porche cuando Pedrín visitaba a mi abuelo, pero lo único que conseguí las escasas veces que traté de acariciar su pelo fuego, fue hacer que saliera despavorido y, para desazón de su estómago, desabastecido.

—¿Por qué? —preguntaba entonces a mi abuelo, consternado ante un nuevo fracaso al tratar de establecer la más mínima confianza con Pedrín —¿Por qué contigo sí y conmigo no? —añadía, mientras mi abuelo, entristecido tanto por mi aflicción, como por haber visto salir raudo al zorro sin llegar a comer, me miraba de hito en hito, con el gesto de quien conoce la respuesta, pero no quiere darla.

Ahora, que han pasado muchos años, la conozco. Yo era un extraño, uno de esos críos que llegaban al pueblo con aires urbanitas, creyendo que lo saben todo y desconocen lo más importante que puede ofrecer cualquier vida; una comunión fiel y espontánea, no artificial, con la Tierra y sus moradores.

Así fue un año tras otro en mi niñez hasta que mi paso por la pubescencia hizo que el pueblo y el abuelo pasaran a un segundo plano. Y digo «segundo» por ser condescendiente conmigo mismo; por tratar de aliviar ese escozor interno, como si te abrazara el alma un ramillete de ortigas, que aviva la culpa cuando ya no hay lugar para la redención. Primero dejé de ir todos los fines de semana, limitando mis visitas a los puentes y un mes del verano. Más tarde, sumergido en plena efervescencia hormonal, suprimí el verano y algunos de los puentes, hasta que, finalmente, cuando iniciaba mi periplo universitario, limité mis visitas a las fiestas patronales, su cumpleaños y poco más. Le llamaba casi todas las semanas, eso sí. Ese tipo de llamadas con las que se trata de enjugar la culpa con el paño de la expiación y que mi abuelo replicaba con soltura, con frases alegres emponzoñadas por la soledad, aunque trataba de no mostrarse afligido. Tan solo, de vez en cuando, en algunas de esas llamadas, me hablaba de la importancia de que no perdiera las raíces que había dejado en el pueblo, que el futuro de la juventud en los pueblos depende de la cantidad de abono que empleemos, que es el tiempo que pasamos ahí, y de cómo la reguemos, que es el deseo por seguir dejando nuestra historia fijada en uno de esos paisajes de adobes, meandros y aroma a tierra húmeda, donde nuestro apellido tomó forma. Yo le replicaba que sí, que jamás abandonaría el pueblo, que era solo una mala época, en la que tenía que estar centrado en mis estudios y los deportes que absorbían buena parte de mi tiempo libre. Qué cierto es que una verdad a medias es más cruel que una mentira, pues tratamos de velar la realidad con el disfraz de una vida compleja en la que, a decir verdad, si lo hubiera intentado hubiese encontrado tiempo como para pasar, no ya

unas horas, sino un par de días con él.

Tendré que cargar con ello durante toda mi vida, porque lo que perpetré fue un abandono en toda regla. Uno que se culminó cuando, ya casado y con un hijo, Simón, casi había olvidado la existencia de mi abuelo en el pueblo. Un olvido del que me extrajo de cuajo la llamada de mi padre, para decirme que el abuelo había muerto. Fue entonces cuando tomé verdadera conciencia de cuánto hacía que no le llamaba, ¿un par de meses? Y cuánto hacía que no le visitaba en el pueblo ¿puede que desde las navidades? Qué mezquino fui con quien me lo había dado todo.

Tras las exequias, breves y poco concurridas, mi padre regresó a Logroño y yo me quedé unas horas en el pueblo, con mi mujer y mi hijo. Tiempo que empleé en visitar los lugares donde antaño supe reconocer las pisadas de un corzo, el paso de los raposos, el canto de un lucano o si en breve se acercaría el frío, divisando el vuelo raso de los jilgueros. Mientras caminaba con la nostalgia impresa en mis ojos, en forma de lágrimas gruesas que me abarquillaban los párpados, le narraba a mi hijo la historia de nuestros antepasados en aquel lugar y la importancia que tiene saber que el arraigo rural trasciende del origen al que aferrarnos cuando necesitamos sentir que somos parte de algo más que pequeñas piezas del impersonal engranaje de un núcleo urbano, almidonado por cemento, hormigón, alquitrán y ladrillo.

El paseo concluyó en la casa de mi abuelo y, cómo no, conmigo sentado en el porche. Poco quedaba en mí de aquel niño que miraba a su abuelo desde detrás de la ventana. Quise creer, navaja en mano, rebanando rodajas de chorizo que acompañaba con un vaso de vino, que mi apariencia no difería en demasía de la de mi abuelo. A fin de cuentas, mil veces me habían jurado que era su viva imagen.

Fue entonces cuando se obró el milagro. Resultaba imposible que fuera él. ¡Del todo imposible! ¡¿Cómo podía ser él?! ¡¿Acaso había desafiado todas las leyes de la lógica, la supervivencia y la longevidad?! O puede que fuera otro el zorro que aquel día apareció entre la maleza, caminando hacia mí con calma, mirándome con la cabeza ladeada y gesto de incompreensión. Tenía el pelaje áspero y el tono fuego había demudado en un color marrón oscuro con un sinfín de canas. Tenía que ser él; era Pedrín. Y si no lo era, me empeñé en creer que sí. Necesitaba que lo fuera.

Se acercó y yo le extendí, como veía hacer a mi abuelo, la palma de la mano abierta con un par de rodajas de chorizo. Él se acercó, olisqueó mi mano unos segundos y después, con indisimulada desconfianza, tomo las dos rodajas de dos bocados suaves ladeando la cabeza. Mientras las deglutía con calma miró hacia mi espalda extrañado.

—Se ha ido, Pedrín. No va a volver —le anuncié.

Creí que iba a llorar, que aquel viejo zorro prorrumpiría en lágrimas. Pero no. Mi hijo asomó la

cabeza por la puerta y Pedrín, tal y como sucedía cuando yo salía al porche de crío, huyó hacia el cobijo del interior de las zarzas que orlaban el terreno que continuaba al porche trasero. Obviamente, y fue un detalle más de los que me hicieron creer que estaba viviendo un milagro, lo hizo con una torpeza mucho mayor que la de antaño. ¡Sí, maldita sea! ¡Tenía que ser Pedrín!

—¿Por qué se ha ido? Quería acariciarlo —protestó mi hijo, en una queja que me resultó familiar.

No pude refrenar el llanto, que mi hijo secó con sus propias manos cuando se sentó a mi lado y después de enjugar mis lágrimas reclinó su cabeza sobre mi costado. Pasé el brazo por encima de sus hombros y comencé a narrarle con voz hipada que su futuro estaba ligado al del pueblo, que llegaría un día, si abonaba y regaba ese orgullo rural que a todos nos acaricia el alma cuando estamos fuera, en el que aquel zorro avisado se dejaría acariciar. Que el futuro era ayer, porque no hay mañana sin pasado en el que afianzarlo y que ese futuro era hoy para él. Que aprendiera a valorarlo como yo, sin lugar a dudas, no supe hacerlo cuando lo forjaba en aquel mismo porche, décadas atrás.

El jurado del **V Premio literario “Berceo lee a Gonzalo”**, reunido el 31 de marzo de 2023 y formado por Marina Hidalgo, Almudena Martínez, Jesús Martínez, Emiliano Navas y Roberto Rodríguez ha decidido otorgar un accésit al relato titulado

El castillo en la colina,

de Felipe Tenenbaum,

Berceo, 23 de abril de 2023

La Presidenta de la Asociación Cultural Gonzalo de Berceo

El Alcalde de Berceo

Jurado del Premio:

Marina Hidalgo, Almudena Martínez, Jesús Martínez, Emiliano Navas y Roberto Rodríguez

31.- EL CASTILLO EN LA COLINA – Felipe Tenenbaum (Accésit)

Cuando los jóvenes dinamizadores de la Comarca se reúnen, Zoe y Julia son las primeras en llegar. La segunda bostezando y casi en pijama. La primera arrastrando de un brazo a su mejor amiga dentro de una salita rural y rústica. Tan repleta de aperos agrícolas y bustos de antiguos profesores y personalidades que casi no se ve a Doña Leonor (escondida entre dos azadones colineales y una horca antigua, casi vetusta). Los demás tardan unos quince minutos en asomar la cabeza. Primero, la Pinarque que siempre entra con un vestido liso y brillante. Muy poco práctico para sentarse en el suelo a armar carteles. Y luego, Joaquín, con su inseparable mono de trabajo. Como muchos jóvenes en la comarca, estudia por la mañana, ayuda a sus padres en el huerto por las tardes y sale con los amigos por las noches. Eso sí. Todos los sábados a primera hora acude al encuentro que organiza Doña Leonor. De casi doscientos niños y jóvenes que viven en la zona, solo ellos cuatro acuden al llamado comarcal. Y una de ellas, todavía bostezando. Si no fuera porque Zoe es cabezota y tozuda, seguramente Julia ahora mismo estaría en la cama disfrutando de su mañana libre como las demás compañeras del insti. Sin embargo, su amistad es a prueba de todo. Incluso del “aburrimento en estado puro” como llama Julia a las reuniones.

-¡Buah! –bosteza esta última-. Podríamos hacerlo en el insti en hora de mates.

-Jajaja –le responde Zoe-. ¿Te aburren las ecuaciones más que esto?

-No. Pero en la otra clase enseña la vieja Facevantis. Como oiga a Leonor repetir “¿vale?” cada dos frases seguro que viene a retarla. Los profes de lengua le tienen muy poca paciencia a las muletillas.

Al lado de Julia y Zoe, se han sentado Joaquín y la Pinarque. El primero, mira a la muchacha con gesto extraño, medio extasiado. La segunda, lo ignora, con la vista al frente. Muy seria y concentrada.

-Oye...

-No empieces, Joaquín –lo interrumpe la Pinarque-. Que me fati... gas. Ya bastante cansancio llevo encima por tener que madrugar un sábado.

-Si son las 10...

Silencio. La mirada asesina de Julia y la Pinarque inhibe a Joaquín de seguir argumentando mientras Leonor se queda en la puerta esperando al milagro que no llega. No se ve a ningún adolescente por la calle. Ni tampoco por la carretera. Unos minutos después, se sienta en su escritorio y da comienzo al encuentro.

-Hoy vamos a hablar sobre el futuro, ¿vale? Ahora sois jóvenes pero el tiempo no se detiene. Tarde o temprano os tocará tomar una decisión trascendental: quedarse o irse. Y en ambos casos,

tendréis que saber qué vais a hacer en el sitio elegido. No solo vosotros. Todos los que no han venido, también tendrán que elegir algo antes de que el mundo lo haga por ellos, ¿vale?

Zoe observa a Leonor con los ojos bien abiertos. Sin mucho interés pero procurando no ofenderla con los gestos. Julia, mucho más sincera y menos paciente, continúa bostezando y mirando por la ventana. Sigue sin haber nadie en el exterior. Ni siquiera, algún abuelito paseando por las colinas lejanas. Joaquín, vuelve a suspirar bajito por los mechones de la Pinarque obligándola a cerrar los ojos. Si no fuera porque su madre le insiste con asistir a todas las reuniones de su tía Leonor, piensa, seguramente no tendría ahora que aguantar a un muchacho tan poco disimulado.

-Vamos a realizar una actividad, ¿Vale? Contadme vuestro futuro en cien palabras...

-Eso es fácil –empieza Julia sin dejar de espiar el exterior por la ventana-. Yo quiero viajar. Visitar México, Argentina, Mozambique. El mundo entero...

-No hay futuro –sigue Joaquín-. Lo explicaron en el insti en clase de filosofía. Solo podemos hablar del presente y del pasado que es lo que podemos conocer...

-Jajaja –ríen a la vez Julia y Zoe- ¡Deja de hacerte el interesante, Joaquín! Que la Pinarque no te presta atención.

Cuando le llega el turno a Zoe, se vuelve a hacer un silencio extraño. Entre denso y expectante.

-Yo lo tengo todo planificado. El año que viene me iré a estudiar medicina a Madrid y cuando me gradúe, ejerceré en el Reino Unido. Me casaré y tendré...

-Espera, espera, espera –la interrumpe Julia-. No te puedes ir.

-¿Por qué no?

-Porque yo me quedo. ¿No te acuerdas? –señala la misma colina que espiaba antes a través de la ventana-. Íbamos a crear un castillo allí como Elsa y viviríamos juntas. Tú en el ala este y yo, en la oeste. Nos íbamos a encargar de poner en nuestro palacio de hielo todos los servicios que le faltan a la comarca. Una biblioteca en condiciones. Cine, Teatro, Ballet. Atraeríamos a todas las marcas de moda. A los mejores restaurantes...

-Jajaja. Suena a centro comercial. ¡Qué idea más infantil!

-¡Claro que es infantil! Lo decidimos hace diez años en el recreo. Además, lo realmente inmaduro es querer irse a la ciudad porque aquí no tenemos las cosas que aparecen en los centros comerciales. Te vendes por una hamburguesa de McDonalds y una pantalla gigante para mirar Avatar 2. Si quieres ver tíos azules en pelotas, puedes acompañar a la Pinarque al río y espiar con ella a los amigos de Joaquín cuando se bañan. Seguro que están más que azules con este frío invernal.

-Yo... no hago eso... -intenta defenderse la Pinarque sin éxito. Un abismo entre las dos amigas

acaba de abrirse y ya no hacen caso a los demás.

-Podrías habérmelo dicho antes. Soy tu mejor amiga.

-Supongo. No te enfades...

Julia estira el brazo y coloca la palma abierta justo a la altura de la boca de Zoe.

-Háblale a la mano.

-Sí que eres infantil.

-La mano no te oye. No tiene oídos.

Seis años y medio después, Joaquín y la Pinarque aguardan acurrucados a que el autobús de larga distancia llegue a la estación.

-Ay, amor –se recuesta la chica sobre el hombro del muchacho-. Todavía no puedo creer que fuera Julia la que se marchó al final.

-Bueno. Decía que quería viajar, ¿no?

-Ya lo sé, Joaquín. Pero...aún así. La pobre de Zoe... Desde que Julia viajó a Noruega, no levanta cabeza.

-Bah. Ha faltado al trabajo un par de veces. Y todavía no se ha graduado. Tampoco es para tanto. Lleva unos años de retraso.

-Lo tenía todo tan planificado. A estas alturas debería estar ejerciendo de médica en Londres. Y tendría que estar por casarse. Y sin embargo, se peleó con el Calzorras.

-Las cosas no siempre salen como las planeamos. Tú ibas a rechazarme toda la vida. Y mírate. ¿A que no soy tan malo?

Los pómulos de la Pinarque se enrojecen.

-No... tú eres bueno... y el pueblo. A Zoe le ha pasado lo que a muchos aquí y en la ciudad. La vida va más rápido que ella. Es un mal de nuestra época.

Joaquín vuelve a mirar a su novia, embelesado.

-Siempre supe que detrás de ese maquillaje y gestos de bruja malcriada, había una profesora soñadora en potencia. Es a ella a quien miraba antes y de la que me enamoré.

-¡Tonto...! ¡Oye! Creo... que ahí viene el autobús...

Efectivamente, a unos cuantos metros de la estación, justo por el sitio en el que la carretera da un giro brusco, se presiente el ruido inequívoco de un motor grande. De esos que se llevan muchos jóvenes a las ciudades y traen de vuelta solo a un puñado. La ciudad, igual que el Minotauro, siempre anda reclamando juventud a los pueblos para incorporarlos en su laberinto de calles y oportunidades vacías. Sin embargo, Julia no es uno de ellos. O mejor dicho sí que lo es, pero uno que ha encontrado el hilo de Ariadna que la trae de regreso. De pronto se para el tiempo. Casi

literalmente. La gente alrededor del autobús sigue con sus vidas pero nada más se mueve. Los tres chicos se han quedado petrificados en un abrazo eterno. Lástima que el reencuentro se dé en tan funestas circunstancias.

-¿Cómo está Zoe? –pregunta Julia.

La Pinarque menea la cabeza.

-Destrozada. Ni siquiera fue capaz de venir a recibirte. Sigue a su lado...

-Pobre Leonor...

En la capilla el reencuentro entre ambas amigas se da en silencio. Se conocen tan bien a pesar del tiempo de separación que no necesitan decirse gran cosa en voz alta. La procesión va por dentro. Además, el sepelio no dura mucho. Solo algunos familiares, un par de vecinos y los cuatro muchachos.

-¿Será posible? -llora Zoe junto al ataúd-. Ni siquiera después de muerta, Leonor consigue atraer la atención de esos desagradecidos.

-Es lo malo de darlo todo en silencio sin pedir nada a cambio –la abraza Julia-. Pero da igual si no se presenta mucha gente. Estamos nosotros. Como siempre.

-A veces creo que le fallamos. Se ha esforzado tanto por nuestro futuro. Y no le hacíamos mucho caso.

-Pero ¿qué dices? Ella nos cambió la vida. Yo solo quería viajar sin estudiar. Gracias a Leonor y sus consejos hice las dos. Un milagro en toda regla. Y mira a la Pinarque. ¡Es profesora! Habría que canonizarla a esa santa mujer.

-Y Joaquín al final consiguió salir conmigo –agrega la otra muchacha-. Ese sí que es un milagro insospechado.

Durante unos segundos, los cuatro sonríen como si no hubiese pasado el tiempo. Luego, Zoe baja la cabeza.

-Sí, sí. Lo sé. Solo yo... soy el fracaso. Me peleé con mi novio, no terminé la carrera, puede que me despidan la semana que viene...

-Jajaja. ¿Despedirte por colarte a escondidas en la Comarca y realizar encuentros clandestinos con la nueva generación mientras Leonor estaba convaleciente? ¿Y qué si los organizabas en horario laboral y sin autorización? Los de Ayuntamiento deberían dejar que la reemplaces permanentemente. Es lo mínimo que nos deben.

-¿Co... cómo sabes que hacía eso?

-Eres mi mejor amiga. Y lo sé todo sobre el pueblo. Quién se va fuera, nunca se va realmente. Me entero de todos los chismes antes que los que están aquí. El Calzorras, por ejemplo, rompió

contigo porque cree que ganó la lotería y no quiere compartir el boleto premiado contigo. Cuando compruebe que se equivocó de día y que no es millonario, ni se te ocurra perdonarlo.

Llueve. Siempre que alguien importante muere, llueve en algún lugar del mundo. La Pinarque y Joaquín miran las nubes del atardecer por la ventana. También Zoe y Julia.

-Ya que sabes tanto del pueblo –dice Zoe con malicia-. ¿Podrías decirme qué están construyendo allí? –señala la colina de siempre, la del castillo de Elsa-. Nadie sabe lo que el ayuntamiento planea hacer en un lugar tan alejado.

-Un espacio joven, por supuesto. Habrá servicio de ludoteca, guardería y un pabellón con escenario para realizar actos y espectáculos. Todo junto. Creo que lo llamarán: Espacio Joven Doña Leonor.

-¿De... de verdad?

-Jajaja. No. Es una nave de una granja. Nada más. Pero pienso mover cielo y tierra para que el Espacio Joven Doña Leonor (que acabo de imaginar) se haga realidad en algún momento. ¿Te apuntas?

Zoe mira el féretro, luego la nave que están construyendo en el exterior en el sitio de sus sueños, y por fin a su amiga. Esa que hace tanto que no ve.

-¿Hablas en serio? ¿Piensas quedarte?

-¿Por qué otra razón iba a marcharme si no era para volver luego? Lo más lindo de conocer otros sitios, es regresar a casa. A la familia. A lo nuestro. Juntas, todos los sueños dejan de ser irreales y se convierten en futuro. Nuestro futuro.

Los ojos humanos no pueden distinguirlo, pero cerca de allí, dentro del ataúd, el fantasma de Doña Leonor aprovecha la ausencia de cuerpo para espiar lo que ocurrirá en los próximos años. Sonríe. Le gusta todo lo que ve. Luego, cuatro invisibles hilos de Ariadna se escurren de su mano y se entrelazan entre ellos. Ahora que su misión en este mundo se ha completado, serán los cuatro muchachos los que se cuiden mutuamente. El futuro siempre empieza por el principio: en el pasado.